

Encuentro Camiliano pan-americano de Formación Permanente

Fecha: **27-30 de junio de 2016**

Lugar: **San Pablo - Brasil**

Participantes: **Religiosos y Religiosas Camilos/as.**



Tema: LA MISERICORDIA EN EL CAMILO DE HOY

Asesores: P. Leonardo Agostini (PUC-Rio)
P. Francisco María Meneses de Oliveira (Camilo)

Programación:

26 y 27 junio: Llegada de los participantes al encuentro

27 junio:

15 hs – Salida de la sede de la Provincia para la casa: Mary Ward.

17 hs – Eucaristía de apertura del encuentro.

20 hs – Asesoría P. Leonardo.

28-29 de junio: Asesoría con P. Leonardo Agostini (PUC-Rio)

30 de junio: Asesoría con P. Francisco (Camilo)

11 hs: Eucaristía de clausura del encuentro

12 hs: Almuerzo

14 hs: Partida para el Club San Camilo para momento de confraternidad.

LA MISERICORDIA EN EL CAMILO DE HOY

p. Leonardo Agostini
www.estudiosbiblicos.teo.br

- *¡Qué agradable y delicioso es que los hermanos vivan unidos!*
- *Es cómo unguento perfumado derramado en la cabeza, que baja por la barba de Aarón hasta el borde de su ornamento.*
- *Es cómo rocío del Hermón que destila por las colinas de Sión; allí envía el Señor la bendición, la vida para siempre. (Sal 133, 1.2-3)*

El **Salmo 133** traza para nosotros una provocación: *¿Estamos ante una real constatación o de una sentencia sapiencial utópica?*

En parte, la respuesta depende de la fe que profesamos y, en parte, de la firme disposición por la forma cómo rezamos este Salmo. Yo creo, personalmente, que por detrás de este Salmo está una simple situación cotidiana: la vida familiar, acompañada de afectos, amistad y amor, mas también con sus altibajos, las tensiones, las discordias y las dificultades que pueden surgir en familia.

Con todo, más cierto aún es percibir que este Salmo proclama la fraternidad como algo bueno y agradable: **que los hermanos vivan unidos**. Hoy, este Salmo, en particular para este encuentro que iniciamos como familia religiosa y sacerdotal, es un convite de nuestro Dios y Padre de familia, rico en misericordia, que nos manda su bendición: nuestro hermano Jesucristo, que nos dona vida abundante y eterna, que nos anima a vivir inflamados de amor.

Cuando meditamos sobre la vida de Nuestro Señor, como sus discípulos, encontramos la llave de lectura para este Salmo. No es fácil para nosotros percibimos que Jesucristo, nuestro Sumo y Eterno Sacerdote, llamó a sus discípulos para una experiencia inédita: a descubrir la fraternidad sacerdotal por la plena convivencia con Él, el ungido por el Padre por excelencia en el Espíritu Santo. En esta dinámica, el Espíritu Santo es el óleo derramado, el verdadero cosmético que embellece, suaviza y refresca nuestra vida, es el bálsamo eficaz que cicatriza todas nuestras heridas y es el rocío que humedece y fecunda nuestra aridez, para que nuestra vida religiosa y sacerdotal brote, florezca y de frutos de amor incondicional.

Por las narrativas, sabemos que el ministerio público de Jesucristo fue inaugurado en el bautismo, recibido de Juan en el río Jordán, que vio al Espíritu Santo posarse sobre él, así como oyó la voz del Padre que declaraba: *“Tú eres mi Hijo amado; en ti, me complazco”* (Lc 3,22). Luego a seguir, entre el relato de las tentaciones y el inicio de su ministerio, está su visita a Nazaret, donde fue criado. En la sinagoga, Jesús hace una solemne proclamación, concretizando a **Isaías 61,1-2**, que corresponde a los designios del Padre sobre él:

**“El espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido para anunciar**

**la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a proclamar
la liberación a los cautivos,
a dar vista a los ciegos,
a libertar a los oprimidos
y a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19)**

(E Isaías añade: “**y un día de recompensa para consolar a todos los afligidos.**”)

De la encarnación del Verbo Divino al don del Espíritu Santo para su Iglesia, en el día de Pentecostés, la misericordia es el lenguaje más elocuente de Dios para con el ser humano en Jesucristo. Movidado por la presencia y fuerza dinámica del Espíritu Santo, Jesucristo asumió y dejó bien claro que este era el proyecto mesiánico para sí y para su Iglesia en todos los tiempos, lugares y circunstancias, enseñando el camino: “*Felices los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos*” (Mt 5,7).

Este proyecto mesiánico de Jesucristo, manifestado por la proclamación de la Buena Nueva y por los diversos señales que atestan la presencia del Reino de Dios, fue plenamente realizado en el misterio de su pasión, muerte y resurrección, y fue comprendido en llave sacerdotal, razón por la cual el texto de **Hebreos 4,15-16** colocó en evidencia la obra salvífica, realizada por nuestro Sumo y Eterno Sacerdote, Jesús Cristo, que sabe tener compasión de las flaquezas humanas:

- *Y ya que tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un sumo sacerdote eminente que ha penetrado en los cielos, mantengámonos firmes en la fe que*
- *Pues no es él un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino que ha sido probado en todo como nosotros excepto en el pecado.*
- *Acerquémonos, pues, con plena confianza al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y encontrar la gracia de un socorro oportuno.*

El sumo sacerdocio de Jesús Cristo misericordioso provoca e incentiva nuestra perseverancia en el discipulado. Con diferencia del culto antiguo, Jesús Cristo no atravesó el “santo de los santos” en el **día anual de las expiaciones** con la sangre de animales sacrificados, sino lo hizo con su muerte expiatoria y, siendo Él propio el Santo de los Santos, atravesó los cielos con su propia sangre ofrecida en sacrificio expiatorio por el pecado. Esta gracia justifica la proclamación del **Año Santo de la Misericordia** que estamos celebrando.

El encuentro, que hoy iniciamos, puede ser para nosotros una ocasión para experimentar que Jesús Cristo, por su misericordia infinita, se compadece de todo ser humano enfermo y esto fue hecho por experiencia propia, como atestado por el texto de Hebreos apenas recordado.

La gracia oportuna evoca, por un lado, las flaquezas humanas a las cuales los discípulos siguen expuestos, y, por otro lado, evoca la fuerza que deriva de la certeza de que Jesús Cristo jamás sucumbió a las tentaciones y, como San Agustín, reconocemos que con Él ya somos vencedores. Por el misterio pascual de Jesús Cristo, el trono de Dios juez se ha transformado en trono de la gracia de su reinado misericordioso en la vida de cada discípulo.

Para comprender esto, es preciso ir a la última cena, en aquel momento de grande e intensa intimidad de Jesús Cristo con sus discípulos. Allí al leerlos capítulos de **Juan 13-17**, podemos constatar que Él hace diversas promesas, entre las cuales dice:

*“... pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre,
Hará que recuerden lo que yo les he enseñado y les explicará todo” (Jn 14,26).*

Con Pentecostés, se inauguró la era del Espíritu Santo y de su misión, en la Iglesia, la de generar y formar a Jesús Cristo en nosotros, esto es, configurar cada bautizado a imagen y semejanza del nuevo Adán y de la nueva humanidad. Nosotros, en particular, como religiosos/as y sacerdotes, somos llamados a una más plena configuración. Es l que el apóstol Pablo nos dice en **Filipenses 2,1-11**:

- *Si de algo vale una advertencia hecha en nombre de Cristo, si de algo sirve una exhortación nacida del amor, si vivimos unidos en el Espíritu, su ustedes tienen un corazón compasivo,*
- *lléname de alegría teniendo unos mismos sentimientos, compartiendo un mismo amor, viviendo en armonía, y sintiendo lo mismo.*
- *No hagan nada por rivalidad o vanagloria; sean, por el contrario, humildes y consideren a los demás superiores a ustedes mismos.*
- *Que no busque cada uno su propio interés, sino el de los demás.*
- *Tengan, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús.*
- *El cual, siendo de condición divina no consideró codiciable el ser igual a Dios.*
- *Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres,*
- *Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.*
- *Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre,*
- *Para que ante el nombre de Jesús se doble todas rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos,*
- *y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre*

Si de un lado, este texto evoca las etapas de la vida de Jesús Cristo; por otro lado, nos convida a experimentar y a vivir la misericordia como prueba de nuestra llamada y de nuestra conversión, que nos leva para a más sublime de las victorias en esta vida: **a do amor misericordioso del Padre que todo absuelve, perdona y nos recoloca en el camino del discipulado**. Fue lo que Jesús Cristo enseñó y practicó: “Nadie tiene amor más grande que quine da la vida por sus amigos.” (Jn 15,13)

El Año Santo de la Misericordia, que estamos viviendo, nos invita a meditar y a vivir en profundidad lo que es central en la vida cristiana: la misericordia; esto es, que Dios es incondicional amor misericordioso. Y Jesucristo, rostro misericordioso del Padre, nos enseña cómo realizar el Salmo 133 en plenitud en nuestra vida religiosa y sacerdotal:

- Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso.
- *No juzguen, y Dios no los juzgará; no condenen, y Dios no los condenará.*
- *Den, y Dios les dará. Les darán una buena medida, apretada, repleta, desbordante, porque con la medida con que midan, Dios **los medirá a ustedes.**” (Lc 6,36-38).*

En esta orden de Nuestro Señor, encontramos el gran vínculo con su proyecto mesiánico (Lc 4,18-19): “dejen libres (a los demás) y seréis dejados libres”. El perdón se concretiza en la liberación.

En este sentido, el perdón es la máxima expresión de la misericordia de Dios en nuestra vida, pues es en el perdón-liberación que manifiesta su supremo poder. Y nosotros somos objetos de este perdón, y aún más fuimos hechos ministros (los sacerdotes) del perdón de Dios. Más para que esta gracia sea eficaz en nuestro ministerio, precisamos mirar a la última cena y oír con atención a Nuestro Señor:

“Les doy un mandamiento nuevo: ámense unos a los otros.

*Como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros.
Por el amor que se tengan los unos a los otros
reconocerán todos que son discípulos míos.” (Jn 13,34-35)*

Sabemos, por experiencia propia, como es difícil concretizar este nuevo mandamiento en nuestra vida religiosa y sacerdotal. A la base de esta dificultad está una constatación muy simple: parece que el amor está deturpado y muy desgastado en el mundo, y nosotros nos quedamos con miedo de amar. Más, si hoy, o en algún momento de estos días, oyéramos la voz de Nuestro Señor Dios y no abriéramos los oídos o endureciéramos el corazón (cf. Sl 95), nosotros podríamos experimentar a eficacia de la presencia y de la acción del Espíritu Santo, Amor eterno del Padre y del Hijo, en nuestras vidas y, por el don del sacerdocio que nos fue confiado, recibir, con renovador ardor, la gracia de la misericordia y, como el apóstol Pablo, bendecir a Dios Uno y Trino:

- *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo.*
- *Él es el que nos conforta en todos nuestros sufrimientos, para que, gracias al consuelo que recibimos de Dios, podamos nosotros confortar a todos los que sufren.*
- *Porque si es cierto que abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, no es menos cierto que Cristo nos llena de consuelo. (2Cor 1,3-5)*

De esta manera, al aproximarnos a Jesucristo, con amor y confianza, aprendemos no tanto a hablar de la misericordia, sino a colocarnos en práctica en el día a día, pues, la experiencia de la misericordia de Dios en nuestra propia vida religiosa y sacerdotal, nos lleva a ser nosotros misericordiosos como el Padre, sobre todo en el perdón...

Entonces: ***perdonemos y seremos perdonados.***

Esta experiencia de la misericordia de Dios en el perdón irrestricto nos impulsará, con renovado ardor a buscar, dentro de nuestra Comunidad religiosa, a la oveja perdida (Lc 15,4-8), a curar sus heridas, con el bálsamo de la gracia, porque nos hace más semejantes a Jesucristo, Buen Pastor, que cuida de su rebaño, con particular atención, para os que más sufren.

Así mismo, descubriremos que la misericordia es la marca registrada de nuestra espiritualidad sacerdotal y religiosa, y por las obras de misericordia corporal y espiritual, seremos lo que el Señor espera de nosotros: sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16).

Por estas obras, manifestamos la misericordia no como utopía, o contrapuesta a la justicia, sino como fuerza evangélica que promueve la *justicia eclesial y social*, en particular en defensa de los derechos de los más débiles y de los menos favorecidos.

Es lo que afirma, con grande lucidez, el Papa Francisco, mostrando lo que es capaz de invocar a favor de la Iglesia: “La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia *« vive un deseo inagotable de brindar misericordia »*..... Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza.” (*Misericordiae Vultus*, n. 10)



Hermanos/as, en estos días que consagramos a nuestra reflexión sobre la misericordia, podemos experimentar la unción del Salmo 133, probar para nosotros mismos y mostrar para el mundo que **vivir como hermanos/as** no es una utopía, sino es la forma más concreta de realizar la misericordia de Dios en nuestras vidas, porque, hoy, para nosotros es Pentecostés; hoy, Nuestro Señor Jesucristo, misericordioso como el Padre, sobre nosotros como aquella tarde de aquel domingo glorioso, nos dice: “reciban al Espíritu Santo”... “ámense como yo los amo”... “perdónense mutuamente”...

Moisés, en el desierto, experimentó la incondicional misericordia de Dios después de la violación de la alianza (cf. Ex 34,6-7), y, por eso, comprendió y transmitió la voluntad de Dios para todo Israel: “Sean Santos, porque yo el Señor, vuestro Dios, soy Santo” (Lv 19,2). Estos dos textos indican una trayectoria de vida que nos permite descubrir que Dios no nos trata como exigen nuestras faltas (cf. Sal 103,8), permitiéndonos hacer la experiencia de Joel y Jonás antes las dificultades (cf. Jn 2,13) e intolerancias (Jn 4,2).

Jesucristo, según este camino, se hace nuestra santificación (cf. 1Cor 1,30) y Él está a la base u origen de nuestra vocación bautismal, pues “esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1Ts 4,3). Esta voluntad divina es para todo bautizado; en particular, sin embargo, dice con relación a los religiosos/as y sacerdotes, que no solo acojamos el llamado para estar hoy aquí, sino, principalmente, porque Dios nos ha hecho ministros de la misericordia, entre nosotros y para nuestros hermanos/as, principalmente los enfermos.

Una cosa es cierta: No podemos santificarnos sin trabajar por la santificación de nuestros hermanos/as, más, también, no podemos santificar nuestros hermanos/as si no procuramos nuestra santificación, como hermanos/as en Jesucristo.

Esta santificación puede acontecer para cada uno de nosotros y de una manera simple y objetiva: a través de las obras de misericordia corporal y espiritual.

Aproximémonos al trono de la gracia, con toda la confianza. Experimentemos en nosotros la fuerza del amor misericordioso de nuestro Dios, que por el Espíritu Santo toca nuestro corazón, infunde alegría, cambia nuestra vida y nos enseña, en Jesucristo, “manso y humilde de corazón”, a ser misericordiosos como el Padre es misericordioso.

La eficacia de esta experiencia comprobará lo que el salmista nos dice:
“Qué agradable y delicioso es que los hermanos vivan unidos”.

Juntos en la fe, movidos por la esperanza, solícitos en la caridad e impulsados a amar como Jesucristo nos ama y a obedecerle como María nos enseña:
“Hagan lo que Él les diga.” (Jn 2,5).

Y, como hemos dicho antes, oír, adherir y practicar lo que Él enseña:
“... Ámense los unos a los otros,, Como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros. Por el amor que se tengan los unos a los otros reconocerán todos que son discípulos míos.” (Jn 13,34-35).

Que este amor misericordioso, vino nuevo en odres nuevos (cf. Mt 9,17), nos renueve en estos dos días de reflexión y, también, nos ayude a renovar la fe, la esperanza y la práctica del amor en nuestras Comunidades, como incansable oferta a la humanidad de la misericordia de Dios, Uno y Trino, Amor Eterno que nos reunió aquí y nos santifica para su mayor honra y gloria.

¡Sagrado Corazón de Jesús, confiamos en Ti!

En un segundo momento les enviaré la traducción de las diversas diapositivas que nos presentó el desarrollo de las charlas sobre la MISERICORDIA que P. Leonardo nos ha ofrecido...

Luciano

Bogotá 04 julio 2016